



Sobre el libro «Carta a mi padre» de Marc Arellano

Al escudriñar el árbol genealógico Marc Arellano llega a sus raíces, valora todo ese afán cotidiano que tuvieron sus padres, sus abuelos se sumerge en ese lazo de unión con los seres queridos y a pesar del tiempo transcurrido ver fotografías y todo lo narrado por Ronald Arellano Sánchez enciende en su corazón la historia de la revolución, no hay límite en el idioma, alguien tiene que asumir y revelar esas imágenes, es cuando identifica esa versión del abuelo y da su testimonio.

Los capítulos de «Carta a mi padre», tienen un profundo significado. Don Valerio abuelo de Marc, a causa de principios y aportes ideológicos al socialismo, es perseguido por sus enemigos, Grace su primera esposa de origen norteamericano comparte sus ideales, es deportada y vuelve a su país con el sabor agri dulce de dejar a su compañero en una celda y como toda mujer que se llena de ternura por el fruto de sus entrañas, asume todas las señales, el camino de la soledad, en su exilio dice:

«Siento que llevo la cabeza de Valerio
en la hondura de mi vientre
es solo un sueño
esta noche oscura
entre millas de tierra
y millas de agua
esta noche
soy vientre
casa y lecho
mientras nuestro barco da la vuelta
al cabo y enfrenta
desconocidas latitudes»

Uno de los trabajos en prosa de «Rumores Americanos» don Valerio abuelo de Marc, en «Alba Roja» expresa «Estoy sentado en esta celda. Con paredes centicentas que se deslizan hacia oscuras rajaduras. Sin ventana. Leves marcos insertos en la puerta. Se agranda. Grace. El amanecer trae el sonido de la escuadra de fusilamiento del día. ¿Cuál es el premio?

Estar preso, la ausencia de Grace, su hijo que llenaba su memoria era el premio? Esa distancia de los dos se resumía en un sentimiento de impotencia de amargura. Grace por azares del destino fallece misteriosamente y don Valerio queda con el epitafio de su amada.

Carta a mi padre es la evocación de una pena que está latente en el progenitor de Marc y en el mismo, que sensible a esta razón de vida ha querido mostrar al mundo que realidades tan duras como esta estallan hasta sentir esa amarga sensación de impotencia, por esas sombras que horadan en el camino, que empañan, que otean y dejan para siempre una herida abierta mientras haya latido.

Marlene Durán Zuleta
Escritora orureña

Amistad y literatura.-

Medio si

Hay buenas nuevas para la literatura nacional. En medio de brumas equívocas y prometiendo destellos, la poesía Camina por las calles/ donde se desmoronan soles agostados/ midiendo las improntas de dioses espantados y furtivos/ va al encuentro del tiempo,/ diluyéndose en coca, en alcohol/ y en quebradura de salmo y liturgia/ la dura persistencia/ de las verdades reveladas.

Así dice con voz inaugural y perentoria un memorable poema de Héctor Borda Leño, al que Alberto Guerra responde o mejor acota: Sabor de las cosas íntimas, tierra, esencia roja/ con estructura de bálsamo y horizontes.

Héctor Borda Leño y Alberto Guerra Gutiérrez, dos poetas imprescindibles para comprender la literatura orureña del siglo XX, nos cuentan acerca de su más reciente producción que puede ser leída como una suma poética de las pulsiones y derrotos que la poesía boliviana ha recorrido en la última mitad del siglo XX.

Estos dos poetas orureños, cuya obra abarca no pocos libros de gran importancia, continúan escribiendo con el oficio y la sensibilidad que siempre los acompañó. Guerra prepara la edición de una vasta y sustancial antología de su Obra Poética y Borda está dando los últimos toques a una intensa autobiografía en verso. Ante la inminente aparición de ambas publicaciones El Duende conversó con ellos acerca literatura y de la larga amistad que los hermana por más de medio siglo.

La pregunta inicial y, a la postre la única, fue ¿Cómo y cuando se conocieron?, en torno a la cual la conversación se tejió con admirable soltura dada la ya característica predisposición a la tertulia, la broma, la anécdota, en fin a toda esa gama de cosas que sustentan la plática de dos grandes y amenos conversadores.

Siendo estudiantes de colegio en Oruro. Afirma Alberto Guerra. Pronto formamos un grupo de muchachos interesados en el arte, en el cual estaban Humberto Jaimes Zuna, Ricardo Lazo Reyeros, Hugo Revilla, Fernando Berthen, rememora Borda.

Éramos casi vecinos. Vivíamos en la misma zona y ahí entre juegos en el barrio algunos de nosotros comenzó a escribir. Don Rafael Uli-

ses Peláez nos ayudó a dar los primeros pasos. Sería el año 1950.

Héctor Borda abarcó un espacio que ir por algún tiempo a Chorolque. Al regresar en el colegio y la amistad y las vivencias acumuladas que pronto empezaron a dar frutos en la actividad literaria por el resto de la vida.

Borda comenzó a escribir desde que fue un poco de edad.

Los temas que les interesaban con los muchachos eran el folklore de la zona de Héctor Borda. «El tema precisamente sobre las cosas y k'hoas desempañadas». Por su parte Alberto Guerra «luna» manifiesta ya presente en muchos de sus poemas el amor.

Posteriormente Borda viajó a Suiza donde ambos habían trabajado como maestros y Héctor Borda hizo algunos trabajos de oficina. Una vez que regresaron a Bolivia supieron plasmar en verso.

Y así, como si nada, los años fueron pasando y ellos continuaban publicando los poemas (y entre ir y venir por las variadas del país y el extranjero volvieron a encontrarse con otros escritores en Suecia durante la presentación de una antología de sus obras).

Un par de años después Borda quien radicaba en España regresó a Bolivia. Actuó en Oruro donde publicó «Poemas» (1997) una notable obra que incluye algunos de los libros, algunos de ellos publicados en el extranjero.

Un par de años después Borda quien continúa escribiendo es presidente de la Unión de Escritores y de la Sociedad de Escritores, fue galardonado con el Premio Gunnar Mendoza y nombrado Miembro de la Academia Boliviana.